

# NEW LEFT REVIEW 135

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2022

## ARTÍCULOS

|               |                                |    |
|---------------|--------------------------------|----|
| MARCO D'ERAMO | ¿Declive estadounidense?       | 7  |
| TIMOTHY STRÖM | Capital y cibernética          | 27 |
| JULIA HERTÄG  | Un nuevo cine disidente alemán | 49 |
| DANIEL FINN   | Partidos de la periferia       | 77 |

## ENTREVISTA

|                |                          |     |
|----------------|--------------------------|-----|
| CAMILA VERGARA | La Constitución de Chile | 107 |
|----------------|--------------------------|-----|

## ARTÍCULOS

|                 |                   |     |
|-----------------|-------------------|-----|
| MARCUS VERHAGEN | Arte neovitalista | 131 |
|-----------------|-------------------|-----|

## CRÍTICA

|                   |                            |     |
|-------------------|----------------------------|-----|
| ALEXANDER ZEVIN   | El profeta del gradualismo | 143 |
| ALYSSA BATTISTONI | Necesidades y libertad     | 157 |
| KYLE ROSEN        | El salto del tigre         | 168 |

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



## CRÍTICA

Helen McCabe, *John Stuart Mill, Socialist*, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press, 2021, 368 pp.

ALEXANDER ZEVIN

### EL PROFETA DEL GRADUALISMO

La relación existente entre socialismo y liberalismo es magnética: en ocasiones se atraen, otras se repelen en un campo de fuerza que no marca solo la historia del pensamiento político y la del conflicto partidista, sino también las trayectorias personales de los principales protagonistas de cada uno de ellos. La proximidad no siempre ha logrado destensar la relación, pero los intentos de superar las diferencias nunca han cesado. Los sueños de alcanzar un «socialismo de mercado» son tan viejos como el propio capitalismo industrial, como si la «desincrustación» de los mercados fuera un estímulo simultáneo para imaginar cómo podrían reintegrarse en el nuevo mundo al que dieron lugar la producción fabril y el trabajo asalariado. Este era el momento de las «bárbaras condiciones de producción capitalista» y de «las teorías burdas» que las acompañaron, descritas por Engels en *Socialismo utópico y socialismo científico*, cuando Owen se hizo cargo de New Lanark (1800), Saint-Simon publicó las *Lettres de Genève* (1803) y Fourier firmó su texto *Théorie des quatre mouvements et des destinées générales* (1808), que lanzaron falanges hacia las llanuras de Iowa y comunidades de voluntarios hacia Indiana y los Grandes Lagos.

Más recientemente, el resurgimiento de la izquierda en los flancos de las bases del Partido Demócrata estadounidense, registrado desde 2015, ha suscitado un nuevo interés por las amalgamas de liberalismo y socialismo. Se han propuesto distintos pensadores como posibles guías, desde Polanyi y Keynes hasta Rawls y Piketty, por no hablar de Marx. De lo que han carecido a menudo estos debates, sin embargo, es de anclajes históricos que ayuden

a dilucidar no solo las condiciones que han reunido a socialistas y liberales, sino también las líneas de fractura que han provocado la separación en aquellos casos en los que tal convergencia se ha producido. John Stuart Mill fue al mismo tiempo fundacional para esta dicotomía en su calidad de autor de *Sobre la libertad* (1859), quizá el texto más canónico del liberalismo clásico, pero también el autor más disruptivo al haberse clasificado a sí mismo en su *Autobiografía* «bajo la designación general de socialista», un pensador para el que el gran problema social del futuro era cómo unir la libertad de acción individual con «la propiedad común de las materias primas del planeta, además de la participación igual de todos y todas en los beneficios proporcionados por el trabajo conjunto». ¿Fueron las incursiones de Mill en territorio socialista una aberración breve, quizá bajo lo que Hayek, Mises y Lionel Robbins consideraban la influencia perniciosa de la teórica feminista Harriet Taylor? ¿O revela la trayectoria de Mill un patrón más amplio de la relación inestable existente entre el liberalismo y el socialismo, caracterizada por la existencia de corrientes cambiantes presentes en cada uno de ellos, que pujan hacia los polos magnéticos del otro: individual o colectivo, público o privado, mercado o planificación, reforma o revolución?

Con *John Stuart Mill, Socialist*, Helen McCabe aspira a demostrar que Mill no estaba equivocado ni era incongruente, disponiéndose a trazar la evolución de su concepción del mundo como «un todo coherente y, como se verá, socialista». En parte ello refleja el propio proceso de descubrimiento de la autora en el transcurso de un proyecto que comenzó con su tesis de grado elaborada en Oxford. «La primera vez que oí decir que Mill se consideraba a sí mismo socialista, me desconcertó», escribe acerca de un trabajo de investigación que estudiosos del pensamiento liberal y utópico como Michael Freedon, Alan Ryan y David Leopold le animaron a ampliar para que se convirtiera en una tesis doctoral en 2010. Al fin y al cabo, Mill figura en todos los cursos sobre teoría política moderna como un gigante del liberalismo del siglo XIX. Pero «Mill no tenía más diferencias serias con los socialistas contemporáneos de las que habían tenido estos entre sí», insiste McCabe. Al mismo tiempo, su libro tiene otra ambición más audaz: no solo demostrar que Mill era socialista, sino sostener que esta estrategia «orgánica, pacífica, gradual, progresiva» para alcanzar el socialismo es la que necesitamos hoy en día. McCabe, profesora de Teoría Política en la Universidad de Nottingham, avanza temáticamente, presentando consecutivamente las críticas de Mill al capitalismo del *laissez-faire*, la evaluación que hizo de los socialismos de su tiempo y los principios normativos fundamentales que regían sus ideas de reforma social, antes de esbozar, algo que él mismo no hizo, los rasgos distintivos de su utopía socialista. McCabe comienza, inevitablemente, sin embargo, con la educación hiperintelectualizada y politizada de Mill a la sombra del dominio aristocrático y la revuelta de la clase obrera verificadas tras las Guerras Napoleónicas.

El padre de Mill, James, procedente de una modesta familia escocesa, nació en 1773 en un pequeño pueblo cercano a la costa nororiental, a medio camino entre Dundee y Aberdeen, de un padre zapatero y de una madre procedente de una familia de la *gentry* venida a menos, que insistió en que recibiera una educación. En 1802 James partió hacia Londres gracias al mecenazgo de un parlamentario escocés, sir John Stuart, en cuyo honor pondría a su primer hijo nacido en 1806 su mismo nombre. La situación de la joven familia, en los márgenes de la vida literaria de la capital, siguió siendo no obstante precaria hasta que James conoció al acaudalado y bien relacionado Jeremy Bentham, veinticinco años mayor que él. Bentham lo adoptó como publicista del utilitarismo e hizo que la familia Mill se trasladara a una casa al lado de la suya en Queen Square Place, una elegante calle de Westminster, frecuentada también por el distinguido David Ricardo, financiero inmensamente rico, economista y parlamentario radical. Allí James Mill escribió su influyente *History of British India* (1817) en la que condenó «el engaño y la perfidia hindúes», así como *Elements of Political Economy* (1821), *Essays on Government* (1823) y otras obras, mientras ascendía en las filas de la Compañía de las Indias Orientales, al tiempo que en el transcurso de sus famosas clases deambulatorias educaba a su hijo intelectualmente precoz en los principios de la economía política de la mano de Smith, Ricardo, Bentham y Malthus. El joven John Stuart Mill fue criado como el hijo superdotado de un superdotado en una atmósfera privilegiada, que admitía también a owenistas, saint-simonianos y pensadores liberales franceses bajo el amplio paraguas del utilitarismo, donde la economía teórica y la filosofía social iban unidas a las campañas en defensa del libre comercio, la reforma constitucional y la planificación familiar. A los diecisiete años John Stuart Mill inició también una larga carrera vitalicia en la política colonial de la mano de su puesto de trabajo en la East India House, la sede de la compañía.

McCabe resalta con acierto la importancia de las tradiciones radicales francesas en la evolución posterior de Mill. 1820, el año que pasó en París y Montpellier siendo todavía un adolescente, dejó en él un entusiasmo duradero por el pensamiento liberal francés. En el invierno de 1826, mientras se recuperaba de lo que denominaría la «crisis en mi historia mental» experimentada a los 20 años, Mill se interesó por pensadores que concedían más importancia a la «fraternidad», el «sentimiento de compañerismo», la armonía social y la cohesión de lo que solían hacer los utilitaristas, así como por los análisis del desarrollo social contemplado desde una perspectiva histórica panorámica. Si bien esto incluyó el conservadurismo «especulativo» de Wordsworth y Coleridge, lo más importante para McCabe es que sirvió para que Mill se tomara en serio el positivismo de Saint-Simon y su proge-  
nie, sobre todo Auguste Comte: la visión progresista que estos tenían de la

historia, que oscilaba entre épocas «orgánicas» y «críticas», permitió a Mill imaginar instituciones políticas, relaciones de propiedad y costumbres más allá de las reformas propuestas por los benthamitas. McCabe sostiene que la crisis juvenil de Mill abrió «espacio» para que sus opiniones derivaran hacia el socialismo, aunque él no se definiera a sí mismo en esos términos hasta la década de 1840 (de hecho, los artículos que publicó en la década precedente en *The Examiner* y la *Westminster Review*, o los informes sobre la política francesa redactados para el *Morning Chronicle*, expresan en forma pura los puntos de vista radical-burgueses de Queen Square). Otra crisis intervino, sin embargo, en su evolución.

En 1830, a los 24 años, Mill conoció a Harriet Taylor, de 22, que había escrito ya un libro sobre William Caxton y la historia de la imprenta. Taylor estaba casada y era madre de cuatro hijos, cuando Mill acudió como invitado a una cena de pensadores también radicales en casa de ella. «Pálida ella, apasionada y de aspecto triste», observaba Thomas Carlyle, «amienemigo» de Mill, a quien describió como «joven delgado, bastante alto y elegante», entusiasta pero lúcido, modesto y dotado de una notable precisión oratoria. Tras promesas de amor, separaciones dolorosas y escapadas a París, Taylor llegó a un acuerdo con su marido y se mudó con sus hijos a Keston Heath, al sudeste de Londres, donde Mill los visitaba todos los fines de semana. Se casaron en 1851, tras enviudar Taylor, pero ella misma falleció en 1858. Mill no solo le atribuyó una función vital en la creación y la edición de sus obras de madurez, *Principios de economía política* (1848) y *Sobre la libertad* (1859), sino también el mérito de empujarlo a «avanzar con más audacia» en sentido político.

McCabe no se centra en la relación personal entre ambos, sin embargo, sino que pasa con rapidez a los capítulos temáticos. Es en ellos donde el reexamen de los escritos de Mill a través de una lente socialista altera más drásticamente la imagen de liberal prototípico defensor del *laissez-faire*, que se tiene de él. Es posible que en sus *Principios de economía política* declarase como «norma general» la no interferencia del gobierno en la economía, pero hizo «grandes excepciones» a ese principio: la educación primaria, las leyes fabriles, los monopolios prácticos del agua, el gas, las carreteras, las vías férreas y los canales, así como la ayuda a los pobres, la investigación científica, las becas de estudios, etcétera. Mill criticaba constantemente el orden capitalista existente —«una sociedad basada en la propiedad privada y en la competencia individual»— por su ineficacia y su despilfarro, por su desigualdad y su injusticia, así como por sus restricciones a la libertad. Los intentos de defender la propiedad privada basándose en la justicia están indefectiblemente condenados al fracaso, escribió; la distinción entre ricos y pobres, tan poco conectada con el mérito o el demérito, era obviamente injusta.

A Mill le disgustaba decididamente la ética social engendrada por el *laissez-faire* y no hay en su obra elogios a la época industrial, ni himnos a la tecnología. Dudando de que «todos los inventos mecánicos creados hasta la actualidad hayan aliviado la carga diaria de ningún ser humano», esperaba con placer la llegada de algo muy temido por Smith y Ricardo: el «estado estacionario», el momento en el que el crecimiento económico se paraliza porque alcanza los límites de la población y la fertilidad del suelo, momento en el que las diversas rentabilidades de las inversiones caen a cero. Los «pisotones, apretones, codazos y atropellos mutuos, que forman el tipo de vida social moderna» no eran deseables. Los obreros, por su parte, dependían de la voluntad de otros y no disponían apenas o en absoluto de capacidad de elegir ocupación ni de disfrutar de libertad de movimientos. La cuestión era si el socialismo sería congruente

con ese desarrollo multiforme de la naturaleza humana, con las múltiples diferencias, con la diversidad de gustos y talentos y con la variedad de puntos de vista intelectuales, que no solo constituyen una gran parte del interés de la vida humana, sino que al propiciar la estimulante colisión de los intelectos y al presentar ante cada uno de ellos innumerables nociones que por sí solos no habrían concebido, constituyen la fuente principal del progreso mental y moral.

En su obra *Principios de economía política*, Mill podía afirmar tranquilamente que, bajo el saint-simonianismo, la «sociedad tendría un rostro tan diversificado como el actual». ¿Quiénes fueron, entonces, los socialistas que más impresión causaron en Mill? McCabe los esboza brevemente: además de Robert Owen y los saint-simonianos, estaban los fourieristas, el icarianismo de Étienne Cabet y los talleres nacionales defendidos por Louis Blanc, otro amigo. Todos los planes aprobados por Mill hacían referencia a cooperativas descentralizadas, de pocos miles de personas. «Mill siempre estuvo a favor de proyectos cooperativos, evolutivos, realizados a pequeña escala», observa en tono aprobatorio McCabe. En este contexto, el término «comunista» se refería a cooperativas basadas en participaciones iguales, mientras que las «socialistas» podían admitir recompensas diferenciales. En *Capítulos sobre el socialismo*, que dejó inacabado en el momento de su muerte acaecida en 1873, Mill se oponía resueltamente a establecer el socialismo a escala del Estado nacional y más aún al derrocamiento revolucionario del orden existente, amenazado por los tres meses de insurrección de la Comuna de París.

El modelo de socialismo de Mill, sostiene McCabe, coincidía con sus principios normativos de los que ella destaca seis: progreso, seguridad, libertad, igualdad, fraternidad y utilidad, esto es, la mayor felicidad para el mayor número de personas, que servían de justificación para todos los fines. Las normas adoptan aquí el lugar de un proyecto social o de instituciones específicas. Con independencia de que el socialismo fuera o no alcanzable, sus objetivos podrían servir como lo que Mill denominaba una «estrella polar».

Estudiando su obra, sin embargo, McCabe reúne los componentes de la utopía de Mill: una combinación de propiedad cooperativa y pública tanto de los medios de producción como de la provisión de bienes y servicios; las cooperativas deben organizarse democráticamente, la distribución está determinada por principios de justicia reconocidos conjuntamente; significativa igualdad entre los sexos; erradicación de las desigualdades de riqueza mediante un impuesto de sucesiones elevado; la diferencia se celebra en una «religión de la humanidad», que promueva el bien común; la toma de decisiones políticas reconoce el derecho de los expertos a que sus decisiones tengan más peso; la sociedad se transforma mediante un proceso orgánico y gradual en otra que permita alcanzar el progreso, la seguridad, la libertad, la igualdad, la fraternidad y la felicidad en la mayor medida posible.

Al contrario que los liberales partidarios del libre mercado, McCabe sostiene que el socialismo de Mill fue un producto orgánico de su compromiso con los seis principios mencionados, que radicaban en el centro mismo de su filosofía política. La designación general de «socialista» es correcta. McCabe se reserva, sin embargo, un as en la manga frente a quienes sostendrían que Taylor fue la responsable de las adhesiones más declaradamente socialistas incluidas en la tercera edición de sus *Principios de economía política* (1852), pero que Mill habría vuelto a sus concepciones liberales cuando publicó *Sobre la libertad* (1858), el año que ella falleció, a pesar de calificar el libro de «nuestra producción conjunta». Una interpretación más precisa, escribe McCabe, es que tanto Mill como Taylor eran socialistas y que ambos escribieron *Sobre la libertad*. Este es el verdadero reto, sugiere *John Stuart Mill, Socialist*, condicionados como estamos a considerar *Sobre la libertad* –con su famosa defensa de la libertad de expresión y la acción contra «las costumbres de la sociedad», limitadas solo por la interpretación minimalista del principio de no ocasionar daños– como el texto fundacional del liberalismo, y a no considerar el liberalismo y el socialismo como ideologías meramente distintas, sino opuestas. El socialismo de Mill y Taylor negaba, sin embargo, la necesidad de escoger entre libertad e igualdad, ya que negaba la idea de que el socialismo debiera ir unido a la opresión o a la ausencia de individualidad:

El socialismo de Mill (y de Taylor) nos anima a imaginar una sociedad en la que no solo las libertades personales, sino todas las interacciones humanas, desde las económicas hasta las políticas y las íntimas, se reconstituyan de manera tal que permitan plenamente el libre desarrollo de la individualidad de todos y todas.

Es una conclusión admirable y la cálida identificación de McCabe con la carga liberadora de la política de los protagonistas de su estudio aporta un atractivo brío al último capítulo de su libro. Si bien no es la primera estudiosa en escribir acerca del socialismo de Mill, sigue siendo cierto que este obtiene mucha más atención que su feminismo (como la investigadora estadounidense

Wendy Sarvasy señalaba en 1985). Cuando McCabe se ciñe a un puñado de obras y cartas de Mill —*El sometimiento de las mujeres* (1869) es una ausencia notable—, las estudia con mucha profundidad y las cita casi en exceso, reiterando una y otra vez las mismas líneas. *John Stuart Mill, Socialist* es, sin embargo, un estudio casi exclusivamente basado en los textos. McCabe basa su razonamiento a favor de la consistencia de las opiniones de Mill en la reaparición de citas muy usadas. Está completamente ausente el contexto más amplio o cualquier periodización de aquellos tiempos tumultuosos. Brilla por su ausencia también la realidad de la política práctica en Reino Unido y en Europa, que afectó a Mill en todas y cada una de las fases de su evolución personal: desde la década de 1820, cuando era editor y líder radical e intentaba sustituir a los *whigs* y convertirse en la verdadera oposición a los aristócratas *tories* que lideraban el Parlamento, hasta su elección como parlamentario liberal en representación de Westminster en 1865. Incluso su primera crisis mental fue, al menos en parte, política e intelectual, y se produjo en la misma época que su «profundo estupor» ante las opiniones que encontró en la London Debating Society de Londres en 1825 tras la despiadada represión contrarrevolucionaria de las décadas anteriores. Las ideas de Mill sobre el socialismo cambiaron con esta involucración cotidiana en la política de su tiempo. Sin esta percepción más general de la misma es difícil situarlo respecto de los movimientos socialistas de su época.

Mill se formó en la que Hobsbawm denominó la era de la revolución, en la que, incluso en Inglaterra, determinadas corrientes radicales —la revista *Black Dwarf* de Wooler, por ejemplo— intentaron establecer una alianza con la clase obrera emergente para fortalecer las opciones reformistas frente al dominio atrincherado de la aristocracia. Pero el joven Mill siempre insistió en la función de liderazgo de su propia clase, dado el conocimiento experto que esta podía aportar. Mantuvo sus distancias con los cartistas, aconsejándoles que no se propusieran como objetivo alcanzar el «predominio» en la vida política nacional. Sí debe reconocérseles a él y a Taylor que se inclinaron a la izquierda como respuesta a las derrotas de 1849 en absoluto contraste con la influencia de Tocqueville en la destrucción de la República romana, pero el «socialismo» que proclamaron en la década de 1850 era el socialismo de la época preindustrial. Cuando en la de 1860, comenzó a crecer en Europa un movimiento obrero independiente, Mill se mostró receloso.

Como autor de una crítica de la economía política, Marx era prácticamente desconocido para Mill; aunque ambos residían en Londres, sus caminos no se cruzaron, pero en el terreno de la política los dos hombres sí se encontraron, por así decir, chocando repetidamente, aunque de manera indirecta, en torno a la dirección que debía asumir la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en 1864. Mill leyó varias de las publicaciones de la AIT, quizá también la conferencia inaugural escrita por



Marx, y conoció a varios de sus dirigentes, como el zapatero George Odger, a quien respaldó como candidato parlamentario liberal en 1868; el carpintero W. R. Cremer, que acabó aceptando un título nobiliario como representante liberal en 1907; y Harriet Law, la primera mujer que llegó al Consejo General de la AIT. También aspiró a influir en la organización como parte de un intento más amplio de convencer a los elementos «respetables» de la clase obrera de que debían intentar promover el cambio desde el Partido Liberal, manteniéndose dentro de la vieja constitución.

Este estribillo se volvió más insistente cuanto más intentaban los trabajadores escapar, aunque fuese momentáneamente, de la fuerza gravitacional del orden imperante. En 1866 Mill imploró a los trabajadores que no desafiaran al gobierno manifestándose a favor del sufragio masculino en Hyde Park, porque hacerlo equivalía a una revolución. En 1867, cuando se aprobó la Second Reform Act, tranquilizó a sus lectores afirmando, en referencia a los perceptores de salarios semanales a los que esta concedía el voto, que «no es probable que se lancen precipitadamente a los extremismos temerarios de algunos socialistas extranjeros» —señalando a la Internacional— que pretendían abolir la propiedad privada de la tierra o atacar la «usura». En 1869, cuando Odger y otros miembros de la AIT crearon la Land and Labour League, que contaba con su propio periódico, *The Republican*, para hacer campaña a favor de la nacionalización, Mill respondió creando una asociación rival, la Land Tenure Reform Association. Aunque condenó la brutal represión desatada contra los *communards* por el partido del orden en Francia durante el verano de 1871, la alarma ante la rápida difusión del «socialismo revolucionario» tiñó todas sus declaraciones posteriores sobre este tema. Cuando un corresponsal danés le preguntó en 1872 por sus opiniones acerca de la Internacional, Mill respondió que sus dirigentes en Inglaterra eran «hombres razonables», pero no se podía decir lo mismo de los delegados belgas, alemanes e incluso de algunos suizos y franceses, que querían «expropiar a todo el mundo».

En *Capítulos sobre el socialismo*, Mill se mostró categórico acerca de los peligros de una huida hacia adelante revolucionaria. De producirse, no solo se arruinarían las «posibilidades de mejora» que quedaban en el sistema vigente, sino que, dado que la mayor parte de la población carecía de las cualidades intelectuales y morales necesarias, el nuevo orden no podría tener una base sólida y el caos consiguiente lo obligaría a batirse en retirada. Aunque McCabe se equivoca al sugerir que se oponía a las revoluciones violentas por principio —su apoyo a los insurgentes italianos, húngaros o polacos, por no mencionar a los franceses en 1830 y 1848, contradicen esa afirmación— las opiniones de Mill cambiaron a medida que la «revolución» asumió nuevos elementos y objetivos sociales, que iban más allá de la realización de las libertades de 1789, lo cual no solo explica el tono más sombrío

y crítico de *Capítulos sobre el socialismo*, sino también los ingredientes de ambigüedad añadidos respecto de la oportunidad de que se efectuara una u otra transición. Dado que el socialismo exigía «una renovación completa del tejido social», claramente no estaba «disponible como recurso en el presente». A medida que su oposición al socialismo revolucionario se volvía más pronunciada, también lo hizo el atractivo ejercido por los socialistas utópicos, como si ambas evoluciones se reflejaran en un espejo invertido. La gran atracción del sistema de Fourier radicaba en que «exige menos de la humanidad común que cualquier otro sistema de socialismo conocido»; otro atractivo era su carácter «eminentemente pacífico».

McCabe insiste en que Mill no era un socialista utópico, en el sentido peyorativo que Marx y Engels daban al término, puesto que no escribía «recetas para las cocinas del futuro». Pero de lo que Engels se burlaba no era tanto de la tendencia a esbozar «imágenes fantásticas» como de la creencia de que podía alcanzarse un mundo mejor sin una lucha política liderada por los propios trabajadores. En este sentido, la etiqueta de «utópico crítico» utilizada en el *Manifiesto comunista* le encaja muy bien. Para Mill, el principio cooperativo se movería de hecho «por la fuerza del ejemplo», dado que solo «la elite de la humanidad» era en ese momento apta para el socialismo. Un rasgo importante de las cooperativas imaginadas por Mill era su función de escuelas de comportamiento en las que trabajadores y no trabajadores adquirirían la experiencia del sacrificio propio en pro del bien común, así como hábitos de independencia y raciocinio basados en la toma de decisiones colectivas, al tiempo que *desaprenderían* los reflejos egoístas y la obediencia ciega rendida a gerentes, dueños y capitalistas. Este planteamiento proporcionó a *Principios de economía política* su teoría de la transición. El giro sería tan gradual como para resultar casi imperceptible. Los capitalistas se agotarían, se retirarían de la carrera y acabarían convertidos en rentistas de la emergente sociedad socialista, ya que les resultaría ventajoso prestar capital a intereses decrecientes a las asociaciones de trabajadores y trabajadoras, después de que las mismas atrajesen a los dotados de más talento, y a la postre, quizá, incluso optarían por intercambiar su capital por anualidades rescindibles.

*John Stuart Mill, Socialist* no ofrece una reflexión crítica sobre estas actitudes, que difícilmente soportan el argumento de que el socialismo de Mill sigue siendo «notablemente moderno». El propio Mill crítico acerbamente las cooperativas en 1825 cuando, a los 19 años, él y sus amigos del grupo de Jóvenes Utilitaristas se enfrentaron a los seguidores de Robert Owen en una serie de debates públicos. El cooperativismo sería inviable a no ser que se prohibiera totalmente la propiedad privada, sostenía Mill, afirmación respaldada por el triste destino de las cooperativas existentes a partir de entonces, que tuvieron dificultades para sobrevivir en las condiciones imperantes

impuestas por la competencia capitalista, mientras se negaban a sí mismas las feroces armas blandidas por sus rivales. McCabe pasa por alto la objeción obvia de que las cooperativas no han parecido alcanzar en ninguna parte la masa crítica necesaria para ser más competitivas que los capitalistas, ni entonces ni después, siendo el resultado más probable que sean arrastradas al modelo impuesto por estos. El movimiento cooperativista británico es un ejemplo pertinente: sobrevivió hasta el siglo XXI en forma de cadena de deslucidos supermercados dotados de una cuenta de ahorros adjunta, hasta que la crisis financiera de 2008 reveló que sus supervisores habían estado especulando con los fondos, lo cual provocó un agujero de 1,5 millardos de libras en sus cuentas: el resultado fue la salida de su presidente en medio de escándalos de sexo y drogas, mientras los fondos de cobertura estadounidenses rodeaban la presa. Ningún socialismo digno de ese nombre puede permitirse ignorar los puestos de mando que controlan la economía.

Aunque McCabe no investiga las prescripciones económicas de Mill y Taylor, *John Stuart Mill, Socialist*, tampoco registra el carácter regresivo de dicho «socialismo» respecto de las cuestiones clave de la democracia y el imperio. McCabe trata las opiniones decididamente elitistas de Mill sobre la democracia con notable ecuanimidad y, sin embargo, estas fueron, si cabe, fortalecidas por su giro hacia el socialismo, que aceleró su percepción de los peligros de la democracia «pura», expresada ya en el artículo sobre Tocqueville que publicó en 1835 en la *London Review*. En la prisa por alcanzar la igualdad, la libertad podría quedar pisoteada y a no ser que fuera guiada mediante una educación gradual en pro de la democracia representativa y limitada, la mayoría obrera podría tiranizar al resto de la sociedad. Era esencial ponderar el voto para primar a la elite, porque como socialistas «temíamos más la ignorancia y en especial el egoísmo y la brutalidad de la masa», explicó con franqueza Mill en su *Autobiografía*. Resulta asombroso, de hecho, que en las dos ocasiones en las que se denomina a sí mismo socialista en esa obra mencione a continuación los límites de la democracia. (En *The Life and Times of Liberal Democracy*, 1977, el politólogo canadiense C. B. Macpherson observaba las tensiones detectables en ambos lados de este modelo: el deseo de incluir a los trabajadores en la participación política está atemperado por el miedo a la legislación de clase que aprobarían en caso de situarse en pie de igualdad con los propietarios o los cultos; y la indignación moral genuina ante las condiciones de trabajo industriales es un acicate para un socialismo que conserve los mercados competitivos y la propiedad privada presentes en la raíz de ese sistema deshumanizador).

Si las implicaciones políticas de esta hostilidad a la democracia popular quedan sin comentarios en *John Stuart Mill, Socialist*, en ningún aspecto es más perceptible la falta de contexto histórico que en lo referente al mundo no europeo. El Imperio británico no solo está ausente de estas páginas, sino

que se evita de manera tan estudiada que algunas secciones del libro parecen acechadas por él. El subcontinente indio se menciona una vez en una nota al pie. En ella descubrimos que «el apoyo al dominio colonial, aunque difícil de aceptar para los lectores modernos, no se halla en contradicción con el socialismo [de Mill] y tampoco lo debilita», dicho esto sin más comentario, como si lo que planteara fuera una contradicción de congruencia lógica y no una cuestión de tutelaje imperial mundial. (La referencia de McCabe está suscitada por la negativa enunciada en *Sobre la libertad* a proporcionar igualdad de trato a las que ella denomina «personas de países no modernos»; ninguna mención del uso que Mill hace de los términos «incivilizados» o «bárbaros»). De los treinta y cinco años pasados por Mill en la Compañía de las Indias Orientales, donde redactó en torno a mil setecientos informes en los que oscilaba entre la necesidad de incorporar a las elites procedentes de las castas altas indias al sistema del gobierno colonial y la de reprimir la insatisfacción radical de los desposeídos, no se nos dice nada. El levantamiento armado de 1857-1859 contra el dominio británico, que finalmente obligó a cerrar la Compañía de las Indias Orientales y dejó a Mill sin trabajo, no recibe mención alguna.

En un libro que se interroga sobre el tipo de sociedad propugnada por Mill más allá del capitalismo contemporáneo, la omisión del imperio de libre comercio, que en su propia opinión sostenía dicho capitalismo, tiene un coste tanto conceptual como político. Si Mill representa un «giro liberal respecto del imperio» de modo más general, ¿cómo se relacionaba su giro al socialismo con ese giro liberal pro imperial? Al menos de tres maneras importantes. La primera está relacionada con el dominio sobre las dependencias de la Corona. Matizando las sonoras estrofas de *Sobre la libertad*, Mill insistía en que «el despotismo es un modo de gobierno legítimo a la hora de tratar con los bárbaros, siempre que el fin sea la mejora de estos». En «estados de sociedad atrasados» estaba justificado que los gobernantes usaran «cualquier recurso» que garantice el logro de un buen fin. Para guiar a los salvajes «del imperio de la voluntad» al imperio de la ley y acelerar así los motores de la acumulación que de otro modo permanecerían estancados para siempre, el «tipo de gobierno más apto para ellos es aquel que posee fuerza, pero rara vez la usa», escribió Mill en el último capítulo de *Consideraciones sobre el gobierno representativo* (1861). De manera reveladora, esto implicaba «un despotismo o una aristocracia paternalistas, similares a la forma saint-simoniana de socialismo», pero aquí hablaba del despotismo sobre las poblaciones nativas.

En segundo lugar, la economía política del país natal está intrínsecamente relacionada con la expansión imperial y con el colonialismo de los colonos blancos en particular. La mayor de todas las «grandes excepciones al *laissez-faire*» recogidas en *Principios de economía política* es la referida a la colonización.

En ella Mill sostenía que Gran Bretaña se había desarrollado hasta tal punto que producía más capital del que podía invertirse de manera rentable dentro del país. La solución al doble problema del excedente de población y del excedente de capital era una colonización «sistemática» promovida por el Estado. «No debe dudarse en afirmar», añadía satisfecho, que «la colonización, en el estado actual del mundo, es el mejor negocio al que puede dedicarse el capital de un país viejo y rico». Estos argumentos a favor de fortalecer los vínculos del imperio plantean cuestiones fundamentales acerca del futuro socialista que abren o cierran. La inversión exterior y la emigración debían prolongar la vida del capitalismo en el propio país, no controlarlo, ni saltar a alguna otra fase en las colonias en las que este todavía no había arraigado. Es posible que Mill deseara un estado estacionario, pero su tranquilidad ante la falta de crecimiento dependía de que esta se aplazase; si se producía demasiado pronto, antes de haberse efectuado un progreso tecnológico suficiente y de que la población se hubiera controlado voluntariamente mediante los esfuerzos de una clase obrera educada, podría desembocar en el desastre que la vieja escuela de la economía política había temido.

En tercer lugar, es asombroso que los escritos de Mill de la década de 1860 anticiparan los principales debates sobre el «socialimperialismo», basados en la teoría del excedente de capital, que presidieron los análisis liberales y socialistas entre la Segunda Guerra de los Boers (1899-1902) y la crisis de julio de 1914: desde la denuncia por parte de Hobson del sistema financiero como raíz del imperialismo hasta los imperialistas liberales y los fabianos del Rainbow Circle y el Coefficient Club, que relacionaban la reforma social con la eficiencia imperial. Para Lenin, situado fuera de Gran Bretaña, el imperialismo había sembrado las semillas del reformismo y el chauvinismo en el seno de la propia Segunda Internacional. Que el imperio podía resolver la «cuestión social» es algo que asoma repetidamente en los escritos posteriores de Mill: una «gran válvula de seguridad» lo llamó en una carta escrita al intelectual estadounidense Charles Eliot Norton en octubre de 1868. La reforma en Irlanda y en la India no pretendía traer la propiedad común, sino una reputación de buen gobierno entre los súbditos que diera permanencia a la unión imperial con Gran Bretaña. Mill esperaba, de hecho, que las propuestas de reorganizar las relaciones terrateniente-arrendatario presentadas en *England and Ireland* (1868) no solo desactivarían las exigencias de independencia nacional en Irlanda, que él condenaba, sino también las nacionalizaciones de la tierra propuestas por la Land and Labour League. Mill dejó para futuras generaciones el debate sobre las relaciones existentes entre el liberalismo, el imperio y el futuro desarrollo del socialismo, a pesar de que se tratase de un mundo en el que se habían puesto en duda las premisas básicas que él planteaba a este respecto por una guerra librada entre imperios que él no previó y que dio como resultado una forma de socialismo de Estado a la que él siempre se había opuesto.

Schumpeter, observando a Mill tras estos conflictos mundiales, dedujo algunos de los rasgos de su pensamiento y de su personalidad en un retrato inteligente en el que no solo vio una prefiguración del socialismo evolutivo de Bernstein, sino las contradicciones y las fragilidades sorprendentes de un mundo victoriano perdido, que el manual de economía política de Mill había celebrado en otro tiempo. «Nada puede ser más revelador del carácter de la civilización burguesa –es decir, más indicativo de su libertad genuina y también de su debilidad política– que el hecho de que el libro al que la burguesía asignó tal recepción portase un mensaje socialista y fuera escrito por un hombre que claramente no simpatizaba con el esquema de valores de la burguesía industrial».

Leyendo a Mill desde los márgenes de la economía política convencional, Marx reaccionó con irritación, burla y una vacilación poco característica. Quizá una de las razones de ello fuera la lucha indirecta que Marx tuvo que librar en el seno de la Internacional: alejar al movimiento obrero del liberalismo para acercarlo al socialismo científico. La propia ambigüedad de la posición de Mill con respecto de estos dos polos suponía un reto permanente para él. Desde el punto de vista intelectual, ponía en duda su periodización de la economía política clásica, esbozada en la segunda edición en alemán de *Das Kapital* (1873): si la conquista burguesa del poder en Gran Bretaña y Francia en la década de 1830 había «anunciado el fin de la economía burguesa científica», ¿qué se podía hacer con Mill, de quien Marx admitía que no era un vulgar apologista de la clase dominante? Era, por el contrario, uno de aquellos que, aun reivindicando «cierta solvencia científica», intentaron después de 1848 «armonizar la economía política del capital con las reivindicaciones, que ya no podían pasarse por alto, del proletariado». Marx no parece haberse sentido realmente impresionado por los resultados: su «gruesa y pedante obra magna», *Principios de economía política*, era una obra de sincretismo superficial, que intentaba «reconciliar lo irreconciliable», demostrándose en sí misma como una declaración de la bancarrota de la ciencia económica «burguesa» Pero, ¿y si precisamente su atractivo radicara en esta voluntad de reconciliar lo irreconciliable?

La posición de Marx en la Internacional hasta ese momento –su lucha por obtener compromisarios frente a la corriente que, influenciada por Mill, consideraba que el movimiento obrero podía encontrar una senda de avance convirtiéndose en asistente de los liberales– sugiere que era muy consciente de la capacidad de seducción de esta idea, en especial en Gran Bretaña. En algunos momentos pasó al ataque, usando su discurso inaugural de 1864 para sostener que, a pesar de todo el valor de sus «grandes experimentos sociales», el trabajo cooperativo nunca podría detener el crecimiento exponencial del monopolio, liberar a las masas y, ni siquiera, «aligerar perceptiblemente la carga de sus desgracias». En otras ocasiones Marx amortiguó sus críticas

o intentó persuadir a aquellos que él consideraba «conectados con» Mill o «creyentes» en él: radicales burgueses y positivistas como Frederic Harrison y Edward Beesly. Y todavía en otras circunstancias, Marx comprendió el valor de contar con el respaldo de Mill: tras el envío de una copia del primer discurso ante el Consejo General sobre la Guerra franco-prusiana de 1870, el acta recoge que Mill se había mostrado «altamente satisfecho». La línea de ruptura se produjo a raíz de las consecuencias de este conflicto, dada la quiebra provocada por el levantamiento de la Comuna de París.

El apoyo público de Marx a la Comuna y las lecciones que extrajo de ella en *La guerra civil en Francia* (1871) pusieron fin a sus esfuerzos por reconciliar las ramas dispares del movimiento socialista: Odger, Lucraft, Mottershead y otros miembros del Consejo General dimitieron en oposición a esta línea y la fundación de un Consejo Federal la debilitó aún más; en 1872 la rabia explotó en la primera reunión organizada por la Internacional desde el levantamiento de París en La Haya, cuando Marx y Engels defendieron la opinión de que los obreros debían formar partidos socialistas independientes para derrocar las viejas instituciones estatales. Los liberales no estaban equipados para ser los principales agentes políticos del socialismo por mucho que guiaran sus brújulas por la estrella polar o por cualquier otro objeto celeste. Negar que existía un conflicto entre liberales y socialistas era puro sentimentalismo y traía aparejado en sí mismo el riesgo de desviar o retrasar «el gigantesco movimiento proletario de nuestros días». Al mismo tiempo, Marx nunca planteó el socialismo como antítesis del liberalismo. En *La guerra civil en Francia*, así como en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), Marx señala la tendencia de este último a metamorfosearse en momentos de crisis, acudiendo al monarca, a la nación, a la iglesia, en resumen, a la reacción conservadora, lo que lo hacía demasiado peligroso como para que los obreros confiaran en él.

McCabe justifica la ausencia de cualquier comparación sostenida de Mill con Marx observando que «el socialismo es mucho más» que el «socialismo revolucionario» y que no debería considerarse deficiente al primero por apartarse de este. Pero las cuestiones que suscita esta yuxtaposición para el socialismo de Mill son importantes en sí mismas. Entre la descripción que McCabe hace del socialismo de Mill como «orgánico, pacífico, gradual y progresivo» y el objetivo bastante más ambicioso de nuestro autor de unir «la mayor libertad de acción individual con la propiedad común de las materias primas del planeta y la participación igual de todos en los beneficios proporcionados por el trabajo conjunto» hay un buen trecho. La cuestión sigue radicando en cómo llegar de uno al otro.